

## Narrativas de viaje. Actores, relaciones y dinámicas locales a través del género autobiográfico, Río de la Plata, siglo XVIII

Lía Quarleri y Bettina Sidy  
Universidad de Buenos Aires  
liaquarleri@yahoo.com.ar  
b\_sidy@yahoo.com.ar

Este trabajo se propone, a partir de la autobiografía de un comerciante español, repensar el papel del viaje en el siglo XVIII y poner en escena un relato diferente de la narrativa en boga, de tipo ilustrado y naturalista. Se revisa la autobiografía de Miguel de Learte en relación con sus experiencias, su carrera en el comercio y a los objetivos que lo impulsaron a escribir y denunciar ciertos entramados sociales y políticos. Se busca observar el contexto sociocultural del Río de la Plata

de mediados del siglo XVIII, marcado por las reformas borbónicas y la expulsión de los jesuitas, desde la perspectiva de un comerciante en busca de fortuna, para poner en tensión las imágenes de las Indias en tanto lugar utópico en el cual se condensaban las promesas de prestigio y enriquecimiento, y el espacio real, donde dichas promesas quedaron desmanteladas al enfrentarse con un contexto signado por transformaciones políticas, ideológicas y económicas.

**Palabras clave:** género autobiográfico, viaje, Río de la Plata, siglo XVIII, comercio local.

### Introducción

En 1788 Miguel de Learte escribió en Córdoba del Tucumán su biografía, bajo el título *Fracasos de la fortuna y sucesos varios acaecidos*.<sup>1</sup> Este

<sup>1</sup> Si bien el texto es de 1788, su primera publicación fue en 1926 por el padre Grenón, bajo el título de *Las aventuras de Learte*. En 2001 Juan Cruz Labeaga Mendieta, a través del grupo cultural Enrique II de Albret, y con la colaboración del Ayuntamiento de Sangüesa, publicó nuevamente el texto, esta vez con su título original. Véase Figueroa, "La lengua de un navarro", pp. 51-97. Finalmente, en 2006, la Academia Nacional de la

hombre de origen navarro había llegado a Buenos Aires en 1751, en busca de fortuna. Una vez en América, se dedicó al comercio, ya fuese al servicio de diferentes amos o patrones o bien de manera independiente. Mantuvo estrechos vínculos con los jesuitas y hacia 1760 se convirtió en agente comercial externo de la Compañía. Luego de periodos de mayor o menor prosperidad, comenzó a anhelar su regreso a España. Sin embargo, al decretarse la orden real de expulsión de los jesuitas y la incautación de las llamadas “temporalidades”, Learte fue encarcelado y se le expropiaron sus bienes. Tras estos hechos, emprendió una batalla legal con los máximos representantes del poder político de aquella convulsionada época, lo que truncó el imaginado regreso a su patria de origen.

Learte había llegado al Río de la Plata en un contexto marcado por el despliegue de mayores oportunidades económicas. En la ciudad de Buenos Aires y su *hinterland* se venía desarrollando intensamente el comercio de cueros y de esclavos con las regiones interiores y con los puertos europeos. Con excepción de algunas autorizaciones reales, este comercio se daba bajo la forma de contrabando, actividad en la que participaban también portugueses e ingleses y que tenía a Colonia de Sacramento como enclave destacado.<sup>2</sup> Los crecientes réditos de ese comercio habían provocado un aumento de la población residente en la ciudad de Buenos Aires. Esto, a su vez, impulsó la entrada de productos manufacturados, con lo que se amplió el mercado interno manejado por grandes mercaderes, tenderos, pulperos y mercachifles. En el ámbito regional, el flujo de productos manufacturados, mulas, yerba mate, esclavos y cueros, entre otros, consolidó circuitos comerciales capitalizados por un conjunto de redes que articularon mercados entre jurisdic-

Historia de la República Argentina publicó una edición facsimilar del manuscrito, junto con el estudio preliminar de Ernesto Maeder y Pedro Luis Barcia, a la que se adjuntó a modo de apéndice documental una carta escrita por Learte a sus hermanos en 1773. Este artículo se escribió a partir de la última edición.

<sup>2</sup> La Colonia de Sacramento era un enclave portugués que había sido fundado en 1680 frente a Buenos Aires, en territorio de jurisdicción española. Se mantuvo en manos luso-brasileñas durante el periodo colonial, pese a haber sido sitiada tres veces, en 1680, 1705 y 1735, por el ejército español y las milicias jesuítico-guaraníes. En 1750 las coronas de España y Portugal firmaron el Tratado de Permuta, que incluía el intercambio de Colonia de Sacramento por siete reducciones guaraníes al oriente del río Uruguay (actual Río Grande del Sur, en Brasil). Sin embargo, el tratado no llegó a concretarse en virtud de que su implementación derivó en un conflicto político y bélico entre guaraníes, jesuitas y ambas coronas. Véase Quarleri, *Rebelión y Guerra*.

ciones distantes.<sup>3</sup> Dentro de tales redes, los jesuitas desempeñaron un papel destacado como productores locales y agentes comerciales, pues contaban con unidades productivas altamente competitivas gracias a la disponibilidad de mano de obra esclava en haciendas y estancias administradas por sus colegios, una sólida organización e importantes exenciones impositivas.

Hacia finales del siglo XVIII, un conjunto de reformas políticas, económicas y fiscales se impusieron a las colonias, algunos de cuyos objetivos principales eran reducir el poder de las elites criollas, aumentar los ingresos fiscales, delimitar y ampliar las fronteras geopolíticas e imprimir dinamismo al comercio. En el Río de la Plata se buscó, en particular, controlar el contrabando y dirigir los beneficios del comercio a las arcas reales. Finalmente, en 1767 los jesuitas fueron expulsados de todos los reinos españoles, siguiendo una política regalista que buscaba suprimir su tradicional predominio económico y político. Con ello, no sólo los jesuitas y sus bienes fueron afectados, sino todos los sujetos directamente asociados o vinculados con ellos.

Estos hechos impactaron fuertemente en la vida social y económica de Learte, lo que se plasmó en su mirada sobre las Indias como lugar en el mundo donde concretar sus fantasías o deseos de enriquecimiento. En tal sentido, es desde ese lugar de desencanto y convicción acerca de las arbitrariedades cometidas contra su persona a partir de la incautación de sus bienes, que escribió su autobiografía y asentó en ella una crítica general sobre la sociedad política local, haciendo hincapié en lo pernicioso de las facciones y en los laberintos endémicos de la justicia. Su ira, alimentada por situaciones concretas, estaba directamente asociada al hecho de que había quedado fuera de las facciones que comenzaron a liderar la política tras la expulsión de los jesuitas y a que los jueces habían dictaminado en su contra. Así, su relato busca canalizar una situación de injusticia personal y no llega a constituirse en una denuncia transformadora del sistema.

En este trabajo nos proponemos, a partir de la autobiografía de Learte, repensar el papel de los viajes en el siglo XVIII, así como poner en escena un tipo de relato diferente de la narrativa en boga, de tinte ilustrado y naturalista. El escrito de Learte se presentaba como un contrapunto en relación con el tipo de producciones que comenzaban a imponerse en tanto representación del viaje y respecto del perfil del viajero de fines del 1700.<sup>4</sup> En

<sup>3</sup> Este circuito incluía diversas jurisdicciones de la capitania general de Chile, de los reinos del Perú, así como del norte y el litoral del actual territorio argentino.

<sup>4</sup> Figueroa, "La lengua de un navarro", pp. 51-97; Moro-Romero, "Viajes y movilidad", pp. 107-126, y Navascués, "Crónicas y desventuras", pp. 243-252.

este sentido, describiremos las características de su narrativa autobiográfica para dar cuenta de cómo el autor apeló a un género de escritura que le fue funcional para sus objetivos de denuncia. Por otro lado, a través de su escrito buscamos interpelar la trayectoria de un comerciante en el Río de la Plata en un contexto particular, marcado por las reformas borbónicas y la expulsión de los jesuitas.

### Viajes, relatos y utopía

El relato de Miguel Learte estaba inspirado en géneros narrativos de la época: la autobiografía y la novela picaresca, pero fue básicamente sobre la primera que el autor organizó el texto, el tono y el contenido de su obra, que constituye una respuesta a vivencias claves de su estadía en las Indias. De hecho, lo que lo incitó a escribir fue el impacto negativo que en él tuvieron la expulsión de los jesuitas y la política posterior seguida en ciertas jurisdicciones, como la gobernación del Tucumán, por los funcionarios borbónicos. Así, los acontecimientos descritos en muchos casos pueden haber sido exagerados e incluso no haber ocurrido.<sup>5</sup> No obstante, más allá de la invención o no, Learte tenía la clara intención de revertir su situación, lo que implicó la necesidad de dar cuenta de hechos próximos o verosímiles para conquistar a sus lectores.

En lo que hace a la organización general del texto, son ciertos ejes o tópicos propios de las autobiografías, en tanto “discursos de vida”, los que estructuraron la historia personal relatada por Learte. En las autobiografías se describen episodios iniciales que remiten a experiencias adversas; suelen introducirse con sucesos trágicos, tales como la muerte de un miembro de la familia, el destierro, la pobreza o el maltrato durante la infancia o adolescencia que incitan a la salida dramática del hogar o del pueblo para dar comienzo a un nuevo ciclo de vida.<sup>6</sup> La huida o salida intempestiva es propia de este género narrativo y está también presente en el relato de Learte como el mito que dará origen a un hombre nuevo. En concordancia, el autor da principio a sus memorias describiendo minuciosamente su pueblo natal, Sangüesa, con detalles sobre su geografía y formas de organización política y religiosa, para construir con el lector un lazo afectivo con su tierra de origen y de este modo condimentar el impacto que producirá su salida intempestiva del lugar.

<sup>5</sup> Cabe aclarar que las biografías o autobiografías de carácter más ficcional son comunes en las novelas picarescas. Estas pervivieron hasta mediados del siglo XVIII con variaciones. Véase Barcia, *Fracasos de la fortuna*, p. 26.

<sup>6</sup> Moro-Romero, “Viajes y movilidad”, pp. 110-111.

El relato comienza con su nacimiento y luego se detiene en su niñez para contar que se crió “muy endeble y enfermizo”, dado que su madre no pudo amamantarlo y sus tres amas de leche murieron sucesivamente.<sup>7</sup> Las enfermedades lo habían mantenido postrado por temporadas. No obstante, o en virtud de ello, había logrado crecer “a pasos largos”, y a sus nueve años no se encontraba en “la ciudad quien en fuerza y ligereza” le ganase; lo cual demostraba constantemente, en la escuela o fuera de ella, compitiendo o respondiendo a las agresiones físicas entre bandos. Las prolongadas ausencias de su padre por un litigio con la justicia sólo habían conseguido “la ruina de la casa” y en parte la suya, al no contar con “toda la sujeción que necesitaba”.<sup>8</sup> Finalmente, tras vengarse de un maestro arbitrario e injusto que lo golpeaba, Miguel de Learte fue sacado de la escuela por su padre y enviado a Madrid, donde residía su hermano clérigo, para continuar sus estudios. Pero no supo permanecer allí como estudiante mucho tiempo. Por el contrario, se embarcó en un sinnúmero de experiencias liminales que marcaron su primera juventud mientras aún vivía en España. Corella, Ágreda, Alcalá de Henares, Madrid, Sevilla, Cádiz fueron escenarios de aventuras y desventuras permanentes. La transformación de experiencias cotidianas, como ir a estudiar o trabajar, en verdaderas cruzadas, presente en la obra, es común en las autobiografías de viajeros o de sujetos errantes.

Learte vivió en distintas casas, ciudades y villas y trabajó en diferentes actividades con suertes disímiles. En términos generales, la base del relato es la siguiente: llega a una ciudad nueva y por contactos familiares o por sus propias habilidades consigue una ocupación y un lugar donde vivir, hasta que por alguna circunstancia que le es ajena (ya sea porque alguien se aprovecha de su inocencia o porque sin razón alguna despierta la envidia o el enojo de sus pares o patrones) queda envuelto en un conflicto que impulsa su partida. Podemos observar que el relato construye un ciclo: Learte se vincula con un patrón seglar hasta que dicho vínculo se ve viciado por causas que le son ajenas y que, de algún modo, representan una injusticia cometida contra su persona, lo que lo impulsa a perseguir nuevos y en principio mejores destinos.

El tono dramático, condimentado por un aire heroico, está influido por la intención de dar cuenta de una “vida ejemplar” desde parámetros culturales y valoraciones concretas. En el caso de Learte, era el hombre en

<sup>7</sup> Miguel de Learte nació el 24 de septiembre de 1732. Sus padres, don Martín de Learte y Salvo y doña Manuela Ladrón de Zegama y Gil, eran descendientes de familias hidalgas. Era el sexto de ocho hermanos; en Barcia, “Fracasos de la fortuna”, p. 45.

<sup>8</sup> Learte, *Fracasos de la fortuna*, pp. 81-82.

su género masculino, perspicaz, valiente, inquieto que se enfrentaba con un mundo diverso, con sus posibilidades y dificultades, y que luchaba permanentemente por encontrar algo mejor, que anhelaba un espacio privilegiado en la narrativa. En este sentido, aseveraba que se “preciaba de concurrir a todo peligro”.<sup>9</sup> Sin embargo, el estilo coloquial y los detalles en sus descripciones, como por ejemplo el desempeño de ciertos oficios como secretario, paje o grumete, lejos de personajes encumbrados, apelaban a generar comprensión e identificación con un público más amplio.

Así, Learte afirma que “si por algún acaso pasare este cuaderno a otras manos, suplico no juzgue que lo escribo por eternizarme, ni por constituirme héroe digno de Historia”. Por el contrario, discursivamente buscó instalarse dentro del universo del hombre común e incluso de aquél a quien Dios ha preservado de tantos peligros “que sus pecados le han acarreado”.<sup>10</sup>

De esta forma, en el relato se observan dos niveles discursivos paralelos, sustentados en los hechos descritos y en la retórica seleccionada por Learte para hablar de sí mismo. El primero apunta a lo extraordinario de sus actos y el segundo lo ubica en el mundo como un desdichado que no merece memoria alguna. Esta doble vertiente coloca al actor que está relatando fuera de lo cotidiano, por la intensidad de sus vivencias y sensaciones, lo que hace finalmente legítima su escritura para ser leída por un público impersonal. El texto de Learte tiene, así, casi todos los guiños del género autobiográfico, donde el viaje constituye la estructura. Peligros, injusticias, crueldades, desquicios, desgracias e infortunios son los elementos que se repiten y dan estabilidad a una narrativa que tiene como eje mostrar la inestabilidad de la vida de un hombre común en búsqueda de cambio. Al respecto, la inquietud de su espíritu viene a ser el motor de su movimiento.<sup>11</sup>

Al pasar un año en Madrid esperando ir a Sevilla, comenzó a desinteresarse por todo y ya los “paseos, comedias, teatros, palacios, templos y grandezas, y aun los mismos hombres, porque no los miraba en Sevilla” dejaron de gustarle. Por ese entonces, sólo las conversaciones sobre las Indias “pasaron a espolvorear” su ánimo.<sup>12</sup> Esa insatisfacción, propia de la narrativa autobiográfica, es enfatizada por Learte como un dato de su personalidad pero también está presente como un artificio argumentativo que lleva a avanzar en el relato de su historia.

<sup>9</sup> Learte, *ibid.*, p. 186.

<sup>10</sup> Learte, *ibid.*, p. 75.

<sup>11</sup> En relación a ello Learte contaba que “vivía en una inquietud que no tengo voces como explicarla”. Véase Learte, *Fracasos de la fortuna*, p. 96.

<sup>12</sup> Learte, *Fracasos de la fortuna*, p. 94.

Por otra parte, son su propia inquietud y su curiosidad las que lo pondrán en riesgo de forma constante. Varios son los ejemplos que da Learte a fin de mostrarse en permanente peligro, sin que podamos comprobar la veracidad de éste. Learte relata, por ejemplo, en camino a las Indias, ataques de piratas ingleses, tormentas atroces y la traición de sus compañeros de tripulación. En relación con esto último, cuenta que al llegar al Río de la Plata, el 3 de febrero de 1751, se encontró “en una tierra remota, extraña y cara; desnudo y sin saber cómo lo ganaría (el sustento), ni quién le haría caso en traje tan despreciable”, luego de que los marinos hubieran saqueado el barco que había fondeado en Montevideo.<sup>13</sup> En contraste, serán estas malas experiencias las que le darán elementos para sumar conocimientos, contactos y redes, con el fin de sortear los problemas.

Las situaciones ambiguas, extremas y sorprendidas, la inestabilidad y la soledad, las desgracias y los infortunios son propios de las autobiografías de la época, por lo que nuestro personaje no representa un caso aislado. En tal marco de referencia, tanto su personalidad como circunstancias tales como peleas, pérdidas, naufragios, maltratos o incauciones lo llevarán a trasladarse permanentemente, y ese traslado cobrará en la narrativa de Learte la forma de un peregrinaje solitario. Así lo expresó: “referir mis padecimientos, peligros de la vida, miserias y trabajos, sería nunca acabar, y ya se puede inferir, con lo que he caminado y con lo que siempre he andado, y ando mendigando la comida, casa y vestuario... triste por no saber a dónde ir a posar”.<sup>14</sup> Serán la tenacidad y el ingenio, como también ciertos contactos o relaciones fortuitos, los que lo ayudarán en su camino en busca de riquezas y nuevas experiencias.

Es el deseo y la esperanza de cambio depositados en las Indias (a partir del relato de enriquecimiento de un transeúnte que conoce en Sevilla) lo que instala el nudo dramático de la obra y la motivación principal de su traslado a América. Se sabe cómo la movilidad física formó parte por mucho tiempo de la cotidianidad de múltiples sujetos, al mismo tiempo que se constituyó en el vehículo de ascenso social por excelencia.<sup>15</sup> El hábito del viaje había sido potenciado por un contexto económico que alimentó el expansionismo europeo renacentista y también por la conformación de mentalidades e imaginarios donde lo maravilloso, lo fantástico y la

<sup>13</sup> Learte, *Fracasos de la fortuna*, p. 88.

<sup>14</sup> Learte, *Fracasos de la fortuna*, p. 65 y p. 157.

<sup>15</sup> La historiografía ha ilustrado cómo desde la Edad Media en Europa familias o individuos se trasladaban como un medio de ganarse la vida, y cómo dicha práctica aumentó notablemente en población y trayectos especialmente hacia principios de la Edad Moderna. Véase Moro-Romero, “Viajes y movilidad”, pp. 107-126.

gesta se entremezclaron con el ánimo aventurero de sujetos particulares, asociados con la aspiración de transformar su condición material.<sup>16</sup> El sujeto de la conquista de América fue un claro ejemplo de esta amalgama retroalimentada por historias o leyendas difundidas a uno y otro lado del Atlántico, ello dentro de un contexto de amplia disparidad entre el lugar de origen y el destino elegido.

América, por mucho tiempo, no sólo significó la posibilidad de mejorar las condiciones patrimoniales, sino también de escaparse de forma transitoria o permanente de ciertos cánones sociales y acceder a experiencias de vida no toleradas o disponibles en sus patrias natales. El Nuevo Mundo, ligado a utopías de cambio, tuvo larga presencia en el imaginario europeo; sin embargo, las representaciones de lo posible, de lo oportuno, de lo estratégico fueron cambiando a lo largo de los tres siglos de dominio ibérico. Quienes cruzaron el Atlántico en los primeros años de la conquista lo hicieron imbuidos de un espíritu aventurero y fantasioso, y si bien la idea de volver siempre estaba presente, las circunstancias los llevaron en muchos casos a instalarse en estas tierras,<sup>17</sup> mientras que quienes lo hicieron a lo largo del siglo XVIII contaban con la trayectoria previa de muchos emigrantes europeos y con una coyuntura de oportunidad quizá más limitada o por lo menos muy distinta.

Pese a todo, en Learte creció la fantasía de poder llegar a ser uno de aquellos afortunados conquistadores de riquezas tardías, cuestión que no se eternizó en su imaginario, pues inmediatamente después de embarcarse hacia América la consecución de ese deseo entró en sinuosos laberintos que lo separaron cada vez más de la posibilidad de cumplir con sus expectativas iniciales. Sin embargo, esto conformó una trama argumentativa construida posteriormente a los hechos vividos. Learte buscó de esta forma mostrar cómo el mismo viaje a América fue lo que inauguró una serie de fatalidades y odiseas de mayor intensidad. Así, lo que parecía ser una eterna y caótica serie de desgracias ocurridas en su tierra de origen, una vez en camino a las Indias cobró en la pluma de Learte una dimensión extrema. Desde esta óptica, fue el viaje más esperado en búsqueda de fortuna el que resultó una verdadera condena, de tal forma que el autobiógrafo recordó sentir en ultramar “estar en el infierno”.<sup>18</sup> La densidad liminal en la descripción de

<sup>16</sup> Véanse: Krotz, “América como obertura”; Le Goff, *Lo maravilloso y lo cotidiano*; Leonard, *Los libros*, y Stern, “Paradigmas de la conquista”, entre otros.

<sup>17</sup> En la mayoría de los casos “el viaje se volvía una alegoría de la ruptura” con el contexto familiar o social de origen, que sólo el regreso sanaría. Véase Pratt, “Los que se quedan”, p. 359.

<sup>18</sup> Learte, *Fracasos de la fortuna*, p. 188.

este viaje abría el relato a las desgracias futuras que, como un rito de paso, transformarían a Learte para siempre.

El nuevo tono utilizado en su descripción de los hechos ocurridos en América marcará una nueva etapa. En contraste con su pueblo de origen, el relato sobre el Río de la Plata no contiene una dimensión estética o naturalista, lo que asienta una sensación de liviandad con respecto a la conexión emotiva y afectiva con el lugar y la gente. Estos contrastes crean la idea de dos grandes momentos en su vida ligados con dos mundos diferentes y, en cierta medida, incompatibles. El primero, vinculado con la tierra natal, su infancia, su primera juventud y equívocos que encontraron salida y dieron pie a nuevas experiencias con el objeto de alcanzar un punto más alto de bienestar, y el segundo, con su derrotero en el Río de la Plata, con una etapa de madurez asociada con el fin de las ilusiones de la temprana edad que fueron disipando poco a poco sus aspiraciones más elevadas.

La ausencia de una descripción sobre los espacios en sus dimensiones geográficas o arquitectónicas se contrapone con la atención puesta en los problemas que Learte describe en relación con el funcionamiento de la justicia y la política, punto de partida de su “yo narrador”, caracterizado por una perspectiva autocentrada y crítica hacia la sociedad propia de la literatura picaresca.<sup>19</sup> Es a través de su autobiografía como Learte encauza el deseo de escritura y la necesidad de compartir sus visiones sobre su experiencia como comerciante español en el Río de la Plata de mediados del siglo XVIII, el impacto de la expulsión de los jesuitas sobre su fortuna, y sus condenas posteriores del afán de apariencias sociales, el materialismo extremo, la “cultura de los pleitos” y el funcionamiento de la justicia. Es a partir de la minuciosidad de sus descripciones que se podrá ver la articulación y el manejo de ciertas estrategias asociadas fundamentalmente con el comercio interior, el contrabando y el papel de los jesuitas en el mercado regional.

### Derrotero de un comerciante navarro en el Río de la Plata (1751-1788)

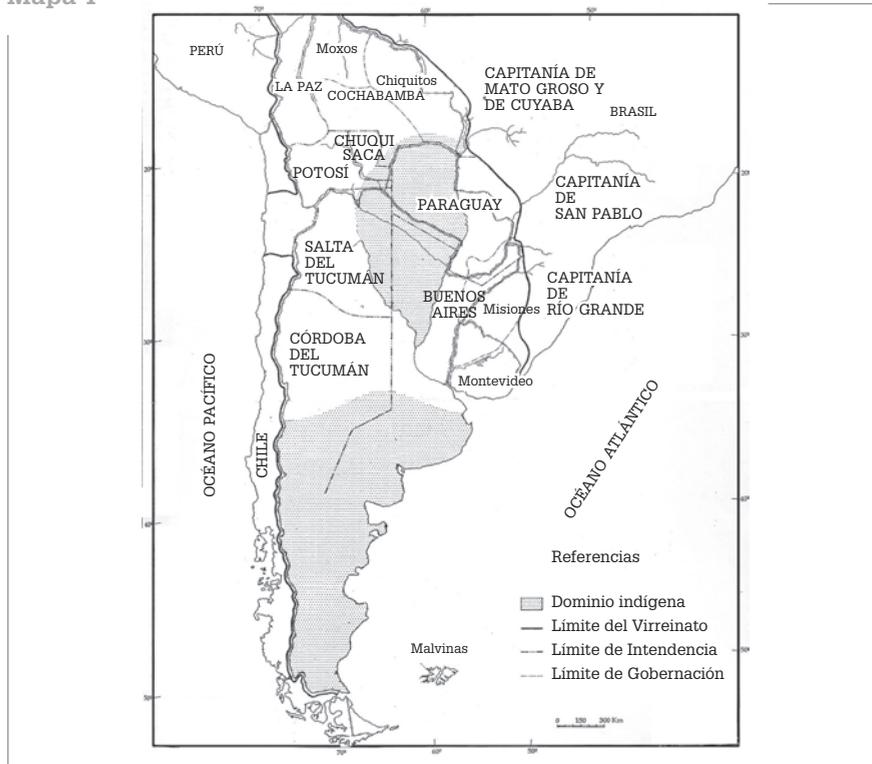
Durante el siglo XVIII, como ya se dijo, la región del Río de la Plata<sup>20</sup> vivió un proceso de crecimiento demográfico, comercial y administrativo, como producto de la conjunción de las políticas borbónicas con las dinámicas

<sup>19</sup> Barcia, “Fracasos de la fortuna”, p. 27.

<sup>20</sup> Utilizamos en este caso el término “región” para hablar de espacios interconectados en lo económico, entre otras cuestiones. Estos territorios pasaron a formar parte del virreinato del Río de la Plata (además de otras jurisdicciones) a partir de 1776.

locales que venían gestándose por diferentes vías. La dinastía borbónica, en sus intentos por modernizar el control sobre sus colonias americanas, promovió el desarrollo de la agricultura, el comercio y la industria artesanal.<sup>21</sup> En este contexto, funcionarios metropolitanos con ánimos reformistas llegaron a la región con el objetivo de limitar las autonomías políticas locales, sanear las finanzas y circunscribir el poder de la Iglesia. Sin embargo, estos actores debieron interactuar con las elites locales, que de distintos modos desafiaron sus propósitos.<sup>22</sup>

Mapa 1



Fuente: Meader y Gutiérrez, *Atlas histórico*, p. 41.

<sup>21</sup> La agricultura era concebida como el motor del progreso de un país, junto a la apertura del comercio, ambas inspiradas en la doctrina del “utilitarismo moral” y asociadas al afán de lucro. Véase Chiaramonte, *Ensayos sobre la Ilustración*.

<sup>22</sup> Sobre estas temáticas, véanse Brading, “La monarquía”; Chiaramonte, “La etapa ilustrada”; Fradkin y Garavaglia, *La Argentina*; Pietschmann, “Los principios rectores”; Punta, *Córdoba borbónica*, entre otros.

El proyecto reformista borbónico buscaba restar poder a las ciudades hasta entonces dominantes en el sistema colonial. Al fundar nuevos centros o conferir prerrogativas y poder a ciudades o aldeas preexistentes, la Corona buscaba disolver y fragmentar las jerarquías emergentes en el Nuevo Mundo y someter a sus componentes al control metropolitano como medio para aumentar el poder real a expensas de las corporaciones y de los privilegios personales.<sup>23</sup> Las nuevas políticas pretendían generar un fraccionamiento del poder en nuevos centros urbanos y poblacionales, entre los cuales se encontraban la región del Río de la Plata y la ciudad de Buenos Aires, lo que hizo que dicho espacio fuera especialmente atractivo para la llegada de inmigrantes ávidos de fortuna que, con distintos grados de éxito, incursionaron en el comercio local y regional.<sup>24</sup>

Learte, en el Río de la Plata, logró incursionar exitosamente tanto en el contrabando negrero como en el tráfico de mulas y de yerba mate, transitando los caminos entre Buenos Aires, Córdoba, Tucumán y Jujuy.<sup>25</sup> Para ello, estableció contacto con una multiplicidad de sujetos y asumió actividades que le permitieron comprender cuáles eran las lógicas locales y los medios de enriquecimiento. En particular destacan sus relaciones comerciales y laborales con los jesuitas. Learte mantuvo a lo largo de su vida una especial afinidad con los representantes de la Compañía, pues además era jesuita uno de sus hermanos. Cada vez que nuestro comerciante se vio envuelto en situaciones límites y percibidas como injustas hacia su persona, acudió sistemáticamente a los colegios de la Orden en busca de consejo y refugio, dándonos a entender la protección que le brindó a un lado y al otro del Atlántico.

Como se dijo, su llegada a las costas del Río de la Plata, en 1751, había tenido como preámbulo una larga travesía iniciada en su tierra natal. Superados los altercados en ultramar, a su arribo a las costas de Montevideo se ocupó de obtener licencia para permanecer en las nuevas tierras. Poco después nuestro personaje llegó a la ciudad de Buenos Aires, donde fue interrogado por el gobernador José de Ando-

<sup>23</sup> Morse, "El desarrollo urbano", pp. 273-306.

<sup>24</sup> Sobre estas temáticas, véanse Díaz, "Las migraciones internas"; Johnson, "Estimaciones de la población" y *Workshop of Revolution*; Johnson y Socolow, "Población y espacio"; Lugar, "Comerciantes"; Santamaría, "La población"; Socolow, *Los mercaderes*, entre otros.

<sup>25</sup> A partir de 1776, estas jurisdicciones pasaron a formar parte, junto a otras, del virreinato del Río de la Plata. Previamente conformaban dos gobernaciones independientes, la del Tucumán (San Miguel de Tucumán, Córdoba, Santiago del Estero, Catamarca, La Rioja, Salta y Jujuy) y la de Buenos Aires.

naegui (1745-1755), quien luego de preguntarle sobre sus intenciones en la región, lo despidió con fuertes advertencias de no ejercer el contrabando.<sup>26</sup> Así se hacen presentes dos preocupaciones cruciales para los encargados del gobierno de la ciudad de Buenos Aires por aquella época: la proliferación de forasteros y los esfuerzos desplegados por conocer sus actividades, intenciones y negocios, y en este sentido, las precauciones tomadas en relación con el comercio ilegal, en las que Andonaegui puso especial empeño.<sup>27</sup> Sin embargo, la estadía de Learte en Buenos Aires fue breve debido a que, luego de cruzarse casualmente con un mercader coterráneo, encontró por su intermedio “patrón a quien servir” en el traslado de mercaderías de Buenos Aires al Perú. A lo largo del camino se vio envuelto en una serie de incidentes con su nuevo amo, a quien caracteriza como arbitrario y abusivo, que incluyeron cuchilladas y heridas. En la ciudad de Tucumán, Learte fue abandonado por la comitiva, despojado de sus bienes y sus sueldos: “con esta angustia volví al Colegio [jesuita] resuelto a solicitar quién me guiase a costa del poncho, que era fino, hasta alcanzar las carretas y por buenas o por malas, quitar mi recado, ropa y sueldo, lo que me disuadieron los padres, sin duda porque el arrojó no me resultase mayor daño”.<sup>28</sup> Siguiendo sus consejos permanece en Tucumán y traba por primera vez lazos de protección y consejo con los jesuitas en América. Reproduciendo su estilo, Learte dejó atrás su primera actividad formal en Indias y se desafió a sí mismo a una nueva aventura.<sup>29</sup>

En esta jurisdicción se empleó en una tienda, lo que lo llevó a vender mercancías por los caminos recorriendo extensos trayectos entre Salta, Jujuy, Potosí, Buenos Aires, Córdoba y Tucumán. Luego de estos tratos, adquirió por remate el abasto de carne de la ciudad, “siendo el estilo del país el obligar a los vecinos a que provean la ciudad de carne”. Este rubro le dio importantes ganancias gracias a la venta de productos tales como el sebo, el jabón y la cera. Además de remitir mercaderías a Jujuy, el comerciante se dedicó a ayudar “a un amigo en la introducción de unos

<sup>26</sup> Learte, *Fracasos de la fortuna*, pp. 158, 159 y 195.

<sup>27</sup> Unos años antes, el mismo gobernador en un bando de buen gobierno (que se repitió a lo largo de su mandato) ordenó que los vecinos de la ciudad “den cuenta de todos los sujetos forasteros a quienes alquilan sus casas y cuartos cuya noticia han de ser obligados los vecinos a dar en la secretaría de gobierno con la individual de dónde son, a qué negocios vienen y con qué empleo”. AGN, *Bandos de los virreyes y gobernadores del Río de la Plata*, Sala IX, gobierno, legajo 8-10-1, Buenos Aires, 1741-1753, f. 141.

<sup>28</sup> Learte, *Fracasos de la fortuna*, p. 203.

<sup>29</sup> Learte, *Fracasos de la fortuna*, pp. 198-201.

negros y por este servicio me ocuparon otros; trajín que sí gané muchos pesos”. Sin embargo, ese negocio quedó truncado por una denuncia de contrabando, y aunque Learte no reveló el nombre de la persona con quien participó en ello, “por justos motivos”, dejó entrever que podría tratarse de uno de los alcaldes de Tucumán, dando cuenta de algunas de las formas en que se hallaba vinculado el gobierno con el comercio y los funcionarios con los comerciantes en este periodo.<sup>30</sup>

Diferentes situaciones por él relatadas dan cuenta de las asociaciones entre intrépidos comerciantes, agentes eclesiásticos y miembros de las elites políticas locales y de las competencias y los conflictos entre ellos.<sup>31</sup> Al respecto, fue a partir de la imposición de un compromiso entre la hijastra de doce años del alcalde arriba mencionado, y Learte, propuesta por el tío jesuita de la niña, lo que despertó el encono del funcionario del cabildo del Tucumán. El punto en disputa radicaba en que el alcalde fungía como albacea de la herencia de la niña y pretendía continuar haciéndolo, mientras que su tío jesuita probablemente buscaba derivar beneficios de esa fortuna a través de Learte, quien ya mantenía extensas relaciones con los padres de la Compañía. La posible alianza matrimonial despertó la ira del alcalde, quien se dedicó a perseguir a Learte desde su puesto concejil hasta que, reconociendo que los jesuitas lo amparaban, consintió al enlace bajo la condición de continuar manejando la herencia.

Se pretendía así constituir una alianza familiar entre un representante de la esfera política local y un recién llegado ávido de fortuna, tal como explica Catherine Lugar: “en muchos casos, el inmigrante soltero de entre 30 y 40 años de edad elegía por esposa a una mujer nacida en la colonia, con frecuencia de la mitad de su edad, que podía proporcionarle el ingreso en una familia local, a cambio de su capital comercial”.<sup>32</sup> Sin embargo, nuestro comerciante decidió escapar con rumbo a Buenos Aires y truncan con ello sus propias posibilidades para la constitución de redes sociales, familiares y comerciales más amplias, lo que se nos presenta en cierta medida como algo atípico para la época.<sup>33</sup> Sobre este punto vale advertir que a lo largo del texto, Learte reitera en diversas ocasiones su

<sup>30</sup> Learte, *Fracasos de la fortuna*, pp. 204, 205, 206 y 208.

<sup>31</sup> Sobre estas temáticas, véanse Gelman, “Sobre el carácter”; Moutoukias, “Redes sociales” y Socolow, *Los mercaderes*.

<sup>32</sup> Lugar, “Comerciantes”, p. 90.

<sup>33</sup> Según la autora ya citada, “la red de relaciones personales a través de la cual se realizaban las transacciones comerciales durante la era colonial ponía especial énfasis en la importancia de los vínculos familiares”. Lugar, “Comerciantes”, p. 89.

renuencia al matrimonio en general, así como cierto grado de misoginia que lo aleja del contacto con el sexo opuesto.<sup>34</sup>

Nuevamente en Buenos Aires, retomó las actividades comerciales, pero esta vez dedicándose al contrabando desde la Colonia del Sacramento. Los réditos perdieron enseguida su encanto, ya que por ellos se vio envuelto en una emboscada y fue “vendido” a unos salteadores de caminos por los mismos guardas a quienes había pagado para que le librasen el paso.<sup>35</sup> Aunque logró escaparse, una vez más decidió abandonar esta peligrosa e ilegal actividad para volver al comercio entre Buenos Aires y Tucumán, a lo que se dedicó durante varios años.

De esa etapa de su vida el texto refleja un conjunto de experiencias y situaciones peligrosas provocadas por asaltantes, socios, proveedores, patrones, acreedores o peones, vividas durante el trajín por los extensos caminos. El común denominador de estos relatos es el hecho de que, pese a su inferioridad de condiciones, logró siempre sobrevivir y escapar de los peligros gracias a su accionar rápido y su dominio de la situación.<sup>36</sup> Una terrible enfermedad lo dejó en cama por dos años; no obstante, tras sobrevivir a ella, gracias a sus contactos y su fuerte afinidad con los jesuitas, ya consolidada por los años, se convirtió en la década de 1760 en agente comercial externo de la Compañía.<sup>37</sup>

Una vez instalado en Córdoba, disfrutó por algún tiempo de cierto éxito y estabilidad, dado que las actividades relativas a la Compañía le permitieron además tener su “propio giro y tienda con un mozo”; fue así como pudo dedicarse al comercio de mulas entre Buenos Aires y Tucumán, y al de la yerba mate con Chile. Luego de ocuparse por algún tiempo en estas tareas y lograr cierta fortuna, Learte decidió retornar a su patria para “vivir como labrador mejor que seguir en el camino del comercio”; empezó entonces los trámites para rescindir sus contratos con los jesuitas.<sup>38</sup> En esos asuntos lo encontró la orden de expulsión de la Compañía, tras lo cual se iniciaron sus desventuras con la justicia y el gobierno

<sup>34</sup> Sobre este punto, Javier de Navascués atribuye a Learte un carácter misógino, lo que estaría en consonancia con el género picaresco. Navascués, “Crónicas y desventuras”, p. 250.

<sup>35</sup> Learte expresó en ese contexto que “lo que se gana en un año se suele perder en un día”; Learte, *Fracasos de la fortuna*, p. 214.

<sup>36</sup> Learte, *Fracasos de la fortuna*, pp. 220-221.

<sup>37</sup> Cabe recordar que en varios conflictos en los que se vio envuelto tanto en Tucumán como en Córdoba y en Salta, Learte buscó asilo y consejo de los padres jesuitas.

<sup>38</sup> Learte, *Fracasos de la fortuna*, p. 230.

colonial del Tucumán y Buenos Aires, a cargo de Fernández Campero y Bucareli, respectivamente.<sup>39</sup>

Juan Manuel Fernández Campero tomó posesión de la gobernación de la provincia del Tucumán en 1764, lo que coincidió con la designación para la sede diocesana de Córdoba del Tucumán del obispo Manuel Abad Illana, y de Francisco de Paula Bucareli y Ursúa en la gobernación de Buenos Aires. Se trataba de funcionarios fuertemente imbuidos del regalismo de la época en asuntos de gobierno civil y eclesiástico. Tanto Fernández Campero como Bucareli intentaron imponer reformas en la administración colonial en la línea defendida por el conde de Aranda, Campomanes y Gaspar de Jovellanos. Estas políticas chocaron contra las estructuras corporativas, familiares y con el conglomerado de intereses político-económicos existentes en las ciudades de Córdoba, San Miguel de Tucumán, Salta, Jujuy y Buenos Aires. En respuesta, las elites locales se abroquelaron en los cabildos para combatir las iniciativas de Fernández Campero y de Bucareli, desafiando abiertamente su autoridad e iniciando acciones legales ante instancias superiores como la Audiencia de Charcas y el Consejo de Indias.

Unos años antes de la expulsión de los jesuitas, Fernández Campero comenzó a limitar y desconocer las exenciones impositivas de la orden en Córdoba. Finalmente, el 27 de febrero de 1767 fue expedida la orden de expulsión conforme a la pragmática de Carlos III. Learte tuvo noticia de la expulsión de los jesuitas de Salta yendo en camino a Jujuy para finalizar un encargo a nombre de la Compañía. Con esta información, determinó pasar a aquella ciudad para indagar acerca del dinero que los jesuitas le adeudaban. Sin embargo, una vez en Salta, Fernández Campero decidió encarcelarlo, confiscar sus bienes y declararlo traidor al Rey.

Luego de varios meses de prisión, Learte logró escapar fingiendo estar moribundo, con lo que mostró nuevamente su ingenio para burlar las dificultades y las injusticias. Este episodio es seguido por la exoneración de Learte en los asuntos concernientes a la expulsión, y por un largo peregrinaje burocrático de más de diez años emprendido sin éxito para que le fueran restituidos los bienes embargados.<sup>40</sup> En 1788, cuando terminó su relato, estaba casado con “una señorita viuda de lo más principal”<sup>41</sup> y viviendo en Córdoba, “una ciudad donde me admiraron joven, de caudal, manejo y créditos, me viesen nuevamente ejecutado y preso”.<sup>42</sup>

<sup>39</sup> Lorandi, *Poder local*.

<sup>40</sup> Learte, *Fracasos de la fortuna*, pp. 237, 239 y 241.

<sup>41</sup> Learte *Fracasos de la fortuna*, p. 296.

<sup>42</sup> Learte *Fracasos de la fortuna*, pp. 232, 236, 247, 248, 296 y 301.

Su matrimonio nos toma por sorpresa al principio del último capítulo, tanto por la marcada falta de interés –que bordea el rechazo– que Learte expresa a lo largo de su relato en relación con el género femenino,<sup>43</sup> como por lo tardío del enlace, considerando que hacía ya 26 años que se encontraba en la región. Al respecto, en las últimas páginas de su escrito Learte se manifiesta altamente desanimado con un matrimonio que no deseaba. Su ambición frustrada de convertirse en religioso lo lleva a enfatizar su gran disconformidad con su condición de hombre casado.<sup>44</sup> A ello se suma el hecho de que su matrimonio con una mujer de la elite no impidió que, en 1788, tras ejecutársele una deuda, quedase en la ruina. Las Indias aparecerán, entonces, hacia el final de su crónica como el espacio en que todas las desgracias eran posibles, y las críticas del sistema de gobierno y la justicia local tomarán protagonismo contra la visión utópica tempranamente esbozada.

### El infortunio y la crítica política en el relato autobiográfico

Como se ha descrito, Learte había logrado insertarse satisfactoriamente en el medio local y acumular algunos bienes gracias a su perspicacia, empeño, y sobre todo a sus vínculos con los jesuitas, agentes centrales del comercio local. Pero fueron justamente las redes que le permitieron esa acumulación las que luego de la expulsión de la Compañía generaron la pérdida de su patrimonio y su encarcelamiento. En este sentido, en algún punto su destino de comerciante se vio frustrado al quedar atrapado en las mismas lealtades que le habían facilitado el éxito. El auge de la carrera comercial de Learte se había dado durante la gobernación de Pedro de Cevallos, funcionario reconocidamente favorable a los jesuitas, que además recurría a las camarillas cercanas a la Compañía para gobernar. Asimismo, toleraba ciertos márgenes de ilegalidad en el comercio en pos de la consecución de ciertas alianzas políticas y militares, al mismo tiempo que pugnaba por la legalización del tráfico comercial con el Alto Perú, por considerar que ese sería el mejor medio para sostener las necesidades militares defensivas de la región.<sup>45</sup> La llegada de Francisco de Paula Bucareli y Ursúa al Río de la Plata transformó los términos en que se desenvolvían las competencias políticas y comerciales en el área. El funcionario se dedicó arduamente a limitar la incidencia del contrabando

<sup>43</sup> Navascués, “Crónicas y desventuras”, p. 250.

<sup>44</sup> En palabras de Learte, “¡cuántas veces suspiré por el celibato!”. Learte, *Fracasos de la fortuna*, p. 300.

<sup>45</sup> Moutoukias, “Gobierno y sociedad”.

de plata del Alto Perú y a controlar los resortes de las redes políticas y económicas locales.<sup>46</sup>

El nuevo clima político resultó adverso a Learte por sus estrechos vínculos con los jesuitas y su incapacidad para acomodarse dentro de las flamantes redes sociales y económicas. A lo largo de la narración, el autor construye un contexto de enemigos constantes, en un mundo con pocas o nulas solidaridades entre pares. En esta línea, denuncia a las diversas figuras de autoridad con las que se enfrentó a lo largo de su vida, hilando en el relato las situaciones que fueron templando su carácter, aguzando su inteligencia y estimulando su valentía. No obstante, fue en la carta escrita a sus hermanos donde el autor condensó con gran intensidad su condena de ciertos aspectos centrales de la sociedad local, y al mismo tiempo también expresó una crítica de las instituciones de gobierno de tradición ibérica.<sup>47</sup>

El acto de escribir, como se ha dicho, tenía como finalidad canalizar a través de la palabra aquello que no había quedado resuelto por medio de la justicia. A la vez, constituyó una excusa para describir el funcionamiento faccioso de la política local en manos de determinados personajes que no fueron favorables a Learte. Al respecto, expresa:

Todo es rencor, oposición, las ciudades abanderizadas, bandos por bandos, y otros por otros, en todas partes no se ven sino inquietudes, disgustos, pasiones, alborotos; y hasta los indios del Perú han desterrado y muerto Corregidores: en la provincia de Tucumán es buena gracia la que sucede si así se puede decir, estar dos o tres juntos, pasan otros y dicen aquéllos, allí van los camperistas, y éstos, allí quedan los matorristas, y bandos y otros dicen por otros, allí van los Fabristas, los Bucarelistas, Zeballistas &. Con estos bandos, con este cisma se vive, ya se puede conjeturar cómo se vivirá y de todo esto tienen la culpa los jueces, porque ellos, que debían remediar y quitar estos bandos, son los que lo fomentaron: cada bando quiere mandar, y así todo son pleitos, y oscuros.<sup>48</sup>

<sup>46</sup> Durante los dos primeros años de su gobierno se dio un aumento considerable en el número de reos acusados de contrabando en la Real Cárcel de Buenos Aires, apresados directamente por orden de Bucareli. Véase AGN, *Cárcel. Libro de visitas correspondientes a dichos años*, Sala IX, justicia, legajo 31-2-9, Buenos Aires, 1764-1782.

<sup>47</sup> Como ya mencionamos en la introducción, en la edición publicada por la Academia Nacional de la Historia se incluye como antecedente al relato una carta que Learte escribió a sus hermanos en España en 1773.

<sup>48</sup> Learte, *Fracasos de la fortuna*, pp. 58-59.

Asimismo, en lo tocante a la justicia, el autor afirmó:

Es verdad como dije, que la mayor parte son los jueces, pero no de la primera instancia, yo no sé si antes sería lo mismo, porque yo no andaba en tribunales, pero en otra inteligencia vivía, y no oía lo que ahora oigo, veo y palpo; quién no tienen pleito, juzgo que apenas los pordioseros, y aun éstos muchos porque no tienen cómo pagar el abogado, o satisfacer al escribano, contribuir al procurador, y cohechar al juez; de Lima a ésta, no he hablado a quien por sí, o por apoderado, no siga pleito.<sup>49</sup>

Del mismo modo, desde un lugar de desencanto pero en sintonía con el género de la novela picaresca, Learte se refiere a la situación de desigualdad social y la pobreza espiritual desde un posicionamiento ético más rígido, en contraste con sus vivencias y enunciados previos a la llegada a las Indias. El autor sostiene que

esta suma y general pobreza, que no se compone con la vanidad y fausto que al mismo tiempo se vea, es causa a mi ver de tanta iniquidad, tanta injusticia, tanta tiranía, tan poca vergüenza en los hombres, y menos pudor en las mujeres; ya murió el qué dirán, y resucitó en su lugar el que se me dé a mi como luzca; ya no se repara en los medios, como se consiga el fin de lucir, de enriquecer; todo el ahínco, todo el conato, todo el esmero, y todo el cuidado está en parecer y tener; en consiguiéndose esto, no se mira la vergüenza, la verdad, la lealtad, la amistad, últimamente ni a Dios, ni Ley, ni Rey.<sup>50</sup>

La “cultura de las apariencias” es descrita por Learte con un sesgo de ironía ante el estatus engañoso de ciertas ciudades como Córdoba. Escribe en la carta mencionada: “quien creyera que en esta ciudad [Córdoba], y las de Tucumán, de día y de noche anduviesen a tropillas pordioseros y vergonzantes hombres y mujeres españolas, es por demás los que andan en este ejercicio aquí entran a servir los chapetones por la comida y vestuario”.<sup>51</sup> Con esto no sólo denunciaba las falsas expectativas que capitales como Córdoba podían generar en aquellos sujetos deseosos de incrementar sus recursos y cambiar, o por lo pronto mantener su condición social, sino su claro posicionamiento de que América sólo era legítima en la medida en que garantizara una vida mejor.

<sup>49</sup> Learte, *Fracasos de la fortuna*, pp. 58-59.

<sup>50</sup> Learte, *Fracasos de la fortuna*, pp. 58-59.

<sup>51</sup> Learte, *Fracasos de la fortuna*, pp. 57-58.

En este sentido, la referencia al espacio local alude únicamente a las actividades y los vínculos adecuados en relación con la posibilidad de acumular un cierto patrimonio, en contraposición con una valoración estética o etnográfica. Las expectativas y los idearios del joven nacido en otra tierra reforzaron su distancia y limitaron la apropiación de América desde una visión enriquecida por la experiencia y las circunstancias. De esa forma, Learte construyó permanentemente su extrañamiento con el espacio local y fortaleció su identidad hispana, al no alcanzar el cambio esperado. Contundente resultaría al respecto su auto-adscripción como “europeo y forastero”, frente a la de “vecino, chapetón o criollo”, así como su autorrepresentación como sobreviviente en una sociedad según él decadente y viciada, donde circulan “los hombres por lo regular por el camino de la apariencia, dejando el de la sustancia”. Sus sentencias reflejan modelos que se contraponen con una moral cristiana de viejo cuño.<sup>52</sup>

Learte expresaba una dicotomía, en cierto modo desfasada, entre el paradigma de las Indias como el edén de la fortuna y el infierno de las perdiciones y desgracias, lo que se descubre al contrastar su imaginario previo al viaje y su experiencia posterior en tierra americana. Esa tensión estructural manifestaba valoraciones aún vigentes sobre América como un espacio de tránsito, donde los beneficios del tráfico legal o ilegal desempeñaban el papel de un trofeo legítimo que coronaba un peligroso y largo viaje. Sin embargo, al no concretarse su vuelta, embargados sus bienes y en litigio con el gobierno local, el fin último de su largo derrotero no llegó a cumplirse. Por el contrario, el viaje emprendido con el objetivo de alcanzar un cambio material y social sólo produjo una transformación en su visión de América al maldecir su pasaje a las Indias. Preso de las circunstancias, Learte reflexionó finalmente sobre lo que no fue y podría haber sido de quedarse en España, evitando peligros y pérdidas como los vividos siendo mercader en las jurisdicciones del Plata. Decepcionado, rompió con el mito de América, según el cual la riqueza fácil sin infortunios era posible, y con indignación endilgó a las Indias tal responsabilidad.<sup>53</sup> Sumido en su ambición, no supo o no pudo entender las lógicas locales de acceso y conservación de los bienes, mientras que fue testigo y protagonista de un suceso inédito como fue la expulsión de los jesuitas, acto inscrito en un conjunto de

<sup>52</sup> Learte, *Fracasos de la fortuna*, pp. 133, 216 y 217.

<sup>53</sup> Learte escribe: “¡Oh Indias, Indias! que si a unos das ser, a muchos más arruinas, cuando (y cuántos) si supieran la suerte que en ellas les aguarda, yo aseguro que no pasarían tantos”; Learte, *Fracasos de la fortuna*, p. 103.

reformas en América que expresaban también una serie de transformaciones de los imaginarios y modelos sociales, políticos y económicos hasta entonces dominantes.

### Consideraciones finales

A través del análisis de la autobiografía de Miguel de Learte nos propusimos adentrarnos en la perspectiva de un viajero particular en búsqueda de una utopía común, el acceso a riquezas y bienes que permitiesen una transformación sustancial de su condición socioeconómica a partir de su paso por América. Su relato y su trayectoria nos permitieron ahondar en las experiencias, vivencias, ideales e imaginarios de un hombre devenido en comerciante. Con ello, buscamos también ilustrar parte de una realidad compleja que tenía su reflejo en la diversidad social del Río de la Plata de la época, la cual se encontraba alimentada por la intensa movilidad, la proliferación de nuevas actividades económicas y la creciente heterogeneidad de valores e ideologías. Al respecto, la narrativa de Learte resultó enriquecedora porque permitió acceder a un periodo de transición donde viejos y nuevos modelos se entrelazaron junto con las acciones y expectativas de sujetos de diverso origen y condición.

El viaje y la movilidad ligados al cambio individual o colectivo tuvieron a América como lugar privilegiado. Cuestiones generales alimentaron este proceso, a lo que se sumarían tantas subjetividades como actores posibles. Así, el viaje de Learte y el contexto de su desarrollo incitaron a pensar sobre la coyuntura en la que tomó forma y en las características más específicas de su personalidad, de su derrotero y su narrativa. En este sentido, no fue menor la llegada de Learte en el contexto de una renovada corriente migratoria que tendrá a hombres de oficio, entre ellos comerciantes, como principal y renovado sustrato poblacional que adquirirá mayores dimensiones hacia las últimas décadas del siglo XVIII, en virtud del decreto de libre comercio.

En tal sentido, la experiencia de Learte en la actividad comercial del Río de la Plata, su bienestar económico y la pérdida de éste se dan en dos momentos paradigmáticos diferentes. El primero de ellos está vinculado con la influencia de los jesuitas en el comercio regional y asimismo con el monopolio de redes legales o ilegales de comercio por parte de un conjunto de instituciones, funcionarios y familias. El segundo está marcado por la expulsión de la Compañía de Jesús y, con ello, por la desestructuración de redes, beneficios e intereses comerciales ligados a la orden que fue marcando un panorama económico muy distinto. Es durante el predominio del primer modelo económico cuando

Learte construyó, a lo largo de quince años, sus redes y alcanzó cierta estabilidad participando de un circuito de comercio que ligaba a las jurisdicciones de Buenos Aires, Tucumán, Jujuy, Chile y Potosí, mientras que en el tránsito hacia el segundo esquema perdió lo acumulado sin lograr sobreponerse al cambio de condiciones y circunstancias. Al respecto, la influencia de los jesuitas en el mercado regional implicó que su expulsión afectara los intereses de los sujetos asociados a ellos, de lo cual Learte es un ejemplo concreto.

Frente a esta coyuntura adversa, su temprana inquietud, capacidad de adaptación y plasticidad se disiparon. Por el contrario, se desplegó una vocación de enfrentamiento, ira y crítica hacia el funcionamiento de la administración y la justicia así como frente a gobernadores o funcionarios particulares que, en manos de sujetos como Fernández Campero o Bucareli, impondrían un carácter más inflexible a la política local. Bajo estas circunstancias, su relato autobiográfico se transformó en su principal herramienta de descargo mientras que condensaba muchos de los elementos propios del género, los que Learte utilizó en contraste con otros medios de escritura más impersonales, privilegiados en el contexto de fines del siglo XVIII. Por otra parte, hacia el final de la narrativa se hacen presentes ciertos aspectos del personaje construido por él, ahora ligado a la defensa de una moral más rígida como soporte de diferenciación y crítica. En esta medida su visión plasma una percepción aguda y detractora sobre la vida paupérrima de ciudades como Córdoba, que según él la hipocresía de la elite local no mostraba ni dejaba ver.

Finalmente, sin capitalizar los vínculos con su familia política y aquejado por su estado matrimonial, Learte encontró alivio sólo en la idea de volver a España, en un regreso idealizado a sus orígenes que omitía considerar las penurias vividas, por él mismo relatadas. Su resignación expresaba no únicamente un desengaño sino también un fracaso en la trayectoria de un hombre que había sorteado inmensos peligrosos y dramas personales de gran intensidad, de alguien que había crecido y temperado su espíritu hasta madurar y desear embarcarse a las Indias solo, con el fin de concretar su tan esperado proyecto de fortuna y tranquilidad; de un sujeto que, en la consecución de su objetivo, había sido vencido en una lucha plagada de enemigos y adversarios en abierta competencia por el control de los recursos, privilegios y riquezas. En dicha lectura y experiencia, América era resignificada como el lugar de las penurias, el engaño y las falsas ilusiones. Al transformarse en espacio real, la utopía de las Indias quedaba sin sostén, sin base para ser alimentada, y más aún en un contexto de fuertes cambios políticos en menoscabo de ciertas actividades, grupos y sujetos.

## Siglas y referencias

AGN Archivo General de la Nación Argentina, Buenos Aires, Argentina.

## Bibliografía

Barcía, Pedro Luis

“Fracasos de la Fortuna, de Miguel de Learte”, en Miguel de Learte, *Fracasos de la fortuna y sucesos varios acaecidos*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, Academia Argentina de Letras, Union Académique Internationale, 2006, pp. 23-73.

Brading, David

“La monarquía católica”, Antonio Annino y François-Xavier Guerra (coord.), *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 15-46.

Chiaromonte, José Carlos

*Ensayos sobre la “Ilustración” Argentina*, Paraná, Universidad Nacional del Litoral, 1962.

— “La etapa ilustrada, 1750-1806”, en Carlos Sempat Assadourian, Guillermo Beato y José Carlos Chiaromonte (coord.), *Historia argentina II. De la conquista a la independencia*, Buenos Aires, Paidós, 2005, pp. 281-369.

Díaz, Marisa

“Las migraciones internas a la ciudad de Buenos Aires, 1744-1810”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, tercera serie, núm. 16 y 17 (1998), pp. 7-31.

Figueroa, Mariano Franco

“La lengua de un navarro en las Indias: fracasos de la fortuna y sucesos varios acaecidos de Miguel de Learte”, *Boletín de Filología*, tomo XLIII, núm. 2 (2008), pp. 51-97.

Fradkin, Raúl y Juan Carlos Garavaglia

*La Argentina colonial. El Río de la Plata entre los siglos XVI y XIX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

Gelman, Jorge

“Sobre el carácter del comercio colonial y los patrones de inversión de un gran comerciante en el Río de la Plata en el siglo XVIII”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, tercera serie, núm. 1 (1989), pp. 51-69.

Johnson, Lyman

“Estimaciones de la población de Buenos Aires en 1744, 1778 y 1840”, *Desarrollo económico*, vol. 19, núm. 73 (1979), pp. 107-119.

Johnson, Lyman

*Workshop of Revolution: Plebeian Buenos Aires and the Atlantic World, 1776-1810*, Durham, Duke University Press, 2011.

- y Susan Socolow  
 “Población y espacio en el Buenos Aires del siglo XVIII”, *Desarrollo económico*, Buenos Aires, vol. 20, núm. 79 (1980), pp. 329-349.
- Krotz, Esteban  
 “América como obertura: el inicio de un modelo de contacto cultural y de conocimiento antropológico”, en Esteban Krotz, *La otredad cultural entre utopía y ciencia. Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*, México, Fondo de Cultura Económica-Universidad Autónoma Metropolitana, 2002, pp. 183-216.
- Learte, Miguel de  
*Fracasos de la fortuna y sucesos varios acaecidos*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, Academia Argentina de Letras, Union Académique Internationale [1788], 2006.
- Le Goff, Jacques  
*Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, Al-taza, 1999.
- Leonard, Irving  
*Los libros del conquistador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Lorandi, Ana María  
*Poder central, poder local. Funcionarios borbónicos en el Tucumán colonial. Un estudio de antropología política*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.
- Lugar, Catherine  
 “Comerciantes”, en Louisa Hoberman y Susan Socolow (comp.), *Ciudades y sociedad en Latinoamérica colonial*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 67-104.
- Meador, Ernesto y Ramón Gutiérrez, *Atlas histórico del Nordeste argentino*, Resistencia, Argentina, Instituto de Investigaciones Geohistóricas-CONICET/FUNDANORD-Universidad Nacional del Nordeste, 1995.
- Moro-Romero, Raffaele  
 “Viajes y movilidad en los discursos de vida y en las autobiografías en el mundo hispánico (siglos XVI-XVIII)”, en Scarlett O’Phelan Godoy y Carmen Salazar-Soler (edit.), *Passeurs, mediadores culturales y agentes de la primera globalización en el mundo ibérico, siglos XVI-XIX*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva-Agüero, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2005, pp. 107-126.
- Morse, Richard M.  
 “El desarrollo urbano de la Hispanoamérica colonial”, en Nicolás Sánchez-Albornoz et al., *América Latina en la época colonial. Tomo II: Economía y sociedad*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 273-306.
- Moutoukias, Zacarías  
 “Gobierno y sociedad en el Tucumán y el Río de la Plata 1550-1800”,

- en Enrique Tandeter, (dir.), *Nueva historia Argentina, la sociedad colonial*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 355-411.
- “Redes sociales, comportamiento empresario y movilidad social en una economía de no mercado (el Río de la Plata en la segunda mitad del siglo XVIII)”, en Zeberio Orieta, Hernán Otero y Mónica Bjerg (comp.), *Reproducción social y sistema de herencia en una perspectiva comparada*, Tandil, IEHS, IREP, EHESS, 1998, pp. 63-81.
- Navascués, Javier de  
 “Crónicas y desventuras de un navarro en el Río de la Plata: los *Fracasos de la fortuna* de Miguel de Learte”, *Príncipe de Viana*, núm. 207, año 57 (1996), pp. 243-252.
- Pietschmann, Horst  
 “Los principios rectores de organización estatal en las Indias”, en Antonio Annino y François-Xavier Guerra (coord.), *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 47-84.
- Pratt, Mary Louise  
 “Los que se quedan”, en Jean-Philippe Barnabé, Lindsey Cordery y Beatriz Vegh (coord.) *Los viajeros y el Río de la Plata: un siglo de escritura*, Montevideo, Linardi y Risso, 2010, pp. 357-378.
- Punta, Ana Inés  
*Córdoba borbónica. Persistencias coloniales en tiempo de reformas (1750-1800)*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1997.
- Quarleri, Lía  
 “Expediciones, narrativas y utopías. Nuevas miradas sobre el espacio guaraní-misionero (1784-1796)”, *Antitesis*, Revista Programa de pós-graduação em História Social da Universidade Estadual de Londrina, vol. 4, núm. 8 (2011), pp. 753-782.
- *Rebelión y guerra en las fronteras del Plata. Guaraníes, jesuitas e imperios coloniales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Santamaría, Daniel  
 “La población: estancamiento y expansión, 1580-1855”, en José Luis Romero y Luis Alberto Romero (dir.), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, t. I, Buenos Aires, Altamira, 2000, pp. 211-223.
- Socolow, Susan  
*Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: familia y comercio*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1991.
- Stern, Steve  
 “Paradigmas de la Conquista: historia, historiografía y política”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, núm. 6 (1992), pp. 7-40.